

Las formas habituales de comunicación surgen de la percepción de lo que se presenta como socialmente relevante. Por este motivo, existe una contradicción lógica en sostener que las formas habituales de comunicación pueden ser transformadas sin otros cambios complementarios.

Ruqaiya Hasan - The ontogenesis of ideology: an interpretation of mother child talk

A dos meses del atentado contra la vicepresidenta proliferan los discursos de odio

¿Un problema moral o socioeconómico?

**Pablo Lucas Chamatropulos<sup>1</sup>**

Las horas que siguieron al atentado a la vicepresidenta fueron testigos de la aparición de múltiples mensajes de repudio contra el hecho y de solidaridad con Cristina Fernandez de Kirchner. Sin embargo, la homogeneidad duró poco ya que, luego de que el actual presidente tirase la primera piedra desde un lugar institucional hacia el “discurso de odio” y sus voceros, sumándose a algunos análisis civiles apresurados, dos lecturas enfrentadas empezaron ocupar el centro de la escena. La oposición comenzó a afirmar que se trataba de un evento desafortunado, llevado a cabo por un criminal aislado, pero que cualquier lectura que extendiese la responsabilidad más allá de Sabag Montiel era un intento de “politización” del atentado. Dos meses después del atentado, los recientes avances respecto del caso no dejan lugar a dudas: el atentado fue planificado. Aún queda por ver a cuántos actores, referentes políticos y sociales, quedan comprendidos bajo este manto que va desde la organización hasta el hecho, pero no hay duda de que la teoría del “loco suelto” fue posible postular solo en las primeras semanas del hecho, cuando no había investigación seria.

Esto eleva entonces la siguiente pregunta ¿El tiempo le dió la razón al oficialismo? Los comunicadores, en evidente falta de conciencia crítica y moral ¿Favorecieron un discurso de odio que hoy demostró habernos llevado hacia una sociedad más dividida y más violenta, con personajes dispuestos a matarse los unos a los otros?

Analizar la postura del oficialismo requiere preguntarse si pueden realmente una serie de discursos -y sus emisores- ser señalados como los responsables indirectos de un hecho criminal y para eso es necesario preguntarse por la naturaleza misma del lenguaje. El lenguaje en sí mismo no es un vehículo neutro que transporta un significado preexistente que proviene de una dimensión que podríamos llamar “la realidad”. Muy por el contrario, el significado es una construcción que se da en todos los niveles del lenguaje en simultáneo: hay significado en

---

<sup>1</sup> Licenciado y profesor en Letras. Investigador del Instituto de Lingüística de la facultad de filosofía y letras de la UBA. Becario doctoral CONICET.

las palabras, hay significado en el orden de las palabras, hay significado en los sonidos, hay significado en la entonación y hay significado en las letras. Son diferentes capas las que intervienen en la producción del significado, a partir de un procedimiento de creación interno. El significado lingüístico, entonces, no pertenece a la realidad, sino que hace referencia a ella. La refleja, pero también la **refracta**. Le da un orden propio, le asigna una valoración, la interpreta, la codifica, en síntesis, la transforma. Al mismo tiempo, es preciso recordar que el lenguaje y su producción de significados son hechos sociales, contextualizados en una sociedad y realizados por los seres humanos y sus instituciones. Por lo tanto, esta transformación no es, por decirlo de una forma, caprichosa, ociosa. Sino que se realiza para transformar la realidad en un hecho socialmente comprensible, interpretable: **es una de las formas de introducción más potente de la realidad a la sociedad**. De allí la importancia y el interés que suscita el lenguaje y su modo de significar: el lenguaje es un medio extremadamente poderoso que nos sirve para que el mundo sea cognoscible en términos sociales.

Entonces podemos concluir que el lenguaje **opera** sobre la realidad para poder comprenderla. Y, si llegamos solo hasta acá con nuestro recorrido teórico, podríamos afirmar que ciertos actores podrían utilizar este potencial transformador del lenguaje para reflejar la realidad de una forma tal que otras personas piensen y hagan en favor de sus intereses. Sin embargo, concluir de esta forma implica partir de una perspectiva determinista de la relación lenguaje-pensamiento-sociedad, donde el primero da forma y establece los límites del segundo y el tercero. Esta mirada, popular en los estudios lingüísticos y antropológicos de fines del siglo XIX y principios del XX, y asentada en una perspectiva fuertemente eurocentrista, perdió validez teórica con el avance del siglo pasado. Y esto se debió a la toma en consideración de dos factores fundamentales en esta compleja relación.

En primer lugar, el reconocimiento de que **el lenguaje solo es uno de muchos sistemas semióticos de creación de significados sociales**. Algunos otros sistemas que coexisten con el lenguaje son intuitivos: la religión, la pintura, el baile, la música, etc. Sin embargo, existen otros que son más difíciles de ver inmediatamente como productores de significados y, a pesar de esto, tienen un enorme impacto en la forma que una sociedad tiene de comprenderse a sí misma y al mundo que la rodea. Ejemplos de esto es la organización de las ciudades, el sistema socio-económico, la distribución de las clases sociales, la distribución demográfica en los lugares de representación institucional, económica, social y cultural, el presupuesto nacional, entre otros ejemplos. Todos estos fenómenos, de carácter económico y social, establecen reglas de interpretación y valoración que tienen mucha fuerza en el pensamiento colectivo: nos indican qué es importante y qué no lo es, cuáles son las actividades con marca de prestigio y

cuáles no, quiénes son las personas habilitadas para habitar en ciertos lugares y quiénes no, entre muchos otros significados. A su vez, la fuerza de estos significados radica muchas veces en su carácter esquivo. No es fácil reconocer que estos son significados sociales, y suelen confundirse -a veces intencionalmente- con significados naturales, haciéndolos parecer atemporales, eternos, imposibles de cambiar. Si bien el lenguaje puede operar sobre estas realidades desnaturalizándolas, evidenciando su carácter social, es inocente pensar que pueden ser seriamente transformadas desde el lenguaje sin que exista una transformación del sistema mismo del que forma parte esa realidad.

En segundo lugar, reconocer al lenguaje como un hecho social que opera junto con otros inhabilita la mirada del mundo del lenguaje y el mundo de la realidad social como dos esferas independientes, y favorece una mirada donde **el mundo social contiene al mundo del lenguaje**. Esto implica que el lenguaje constantemente interactúa con otros sistemas sociales, que también producen significados, y que, la transformación permanente a la que está expuesto no es azarosa sino que refleja -y refracta- las transformaciones que también está viviendo la sociedad. En consecuencia, los discursos no se encuentran al comienzo de una cadena de causalidades sino, más bien, en el medio. De la misma forma que cuando vemos a una persona con flema, cara de cansancio, tos y fiebre entendemos que hace algunos días ya que algún virus entró en su cuerpo -y no que estos signos son avisos de que el virus está por entrar-, **la proliferación de discursos de odio reflejan un proceso social y económico donde la sociedad como un conjunto se vuelve más violenta y desigual**.

Ahora bien, no quiero con esto afirmar que los discursos no juegan ningún rol en la formación de una sociedad violenta. Al contrario, señalé al comienzo que el lenguaje no sólo refleja sino que también refracta y normaliza, por lo que una mayor circulación y aceptación de discursos de odio, así como también su presencia en boca de personajes institucionalmente reconocidos -políticos electos o periodistas de medios legitimados como comunicadores por pauta oficial- profundiza un fenómeno social que no por ser preexistente es fijo. Es necesario señalar la peligrosidad de los discursos de odio pero identificarlos como causa última y/o única, además de ser un error de lectura, es una estrategia muy ineficaz para revertir cualquier proceso de transformación ya que es extremadamente difícil persuadir a la gente de dejar de consumir y producir discursos con los que acuerda y aún más obligar a comunicadores a dejar de emitirlos si a estos comunicadores les da rédito difundirlos. Es preciso complementar el repudio a los discursos de odio con políticas claras que cambien la matriz de distribución, producción y consumo de todos los discursos, generando condiciones más democráticas para que las voces que son escuchadas sean más representativas de todos los sectores. La política de asignación

de pauta, por ejemplo, se reparte en función de la audiencia que cada medio recibe, favoreciendo la concentración de poder mediático y premiando aquellas iniciativas de comunicación que priorizan el mercado, relegando a comunicadores sin fines de lucro y organizaciones sociales a un poco más del 1% del total del incentivo estatal.

De la misma forma que no fue la locura la que guió a Sabag Montiel hacia la vicepresidenta, sino una planificación racional que hoy parece llegar hasta importantes referentes de la oposición, **no es la falta de altura moral la que empuja a diferentes actores a comunicar con odio, sino la existencia de condiciones que favorecen a quienes los producen.** Sin una transformación seria de las formas de comunicar en la Argentina, este tipo de discursos serán cada vez más frecuentes.